

dose con el aura de la popularidad, los labios prontos á vomitar injurias y calumnias daba asco, indignaba y hacía reír; pero este conjunto recordaba á Septiembre y entonces ya no se reía.

Robespierre y Danton comprendían perfectamente que era necesario lo antes posible tranquilizar á la Convención y refutar las acusaciones de tiranía y dictadura que se hacían contra ellos. Nada había contribuido tanto á fortificar tales rumores como las palabras de Marat, que pedía sin cesar un dictador. Muchos de los de la Montaña habían llegado á creer que, en efecto, Francia no se salvaría más que por la unidad de poder, puesto todo en la misma mano. Hablar contra la dictadura era hablar contra Marat, desautorizarle, separarse de él. Desautorizar al hombre de Septiembre, era político en este momento y podía atraer hacia á la Montaña una parte de la Convención.

Robespierre lo hizo con una extrema prudencia; no habló él mismo, si no que hizo hablar á su amigo y discípulo el paralítico Couthon que se sentaba á su lado y que recibía sus inspiraciones. Couthon propuso un juramento de odio á la monarquía, de odio á la dictadura y á todo poder individual.

Danton habló el mismo de esta manera: «Antes de exponer mi opinión sobre lo primero que debe hacer la Asamblea Nacional, séame permitido dejar en su seno los poderes que un día me había dado la Asamblea legislativa. Yo los recibí entre el estampido del cañón. De ahora en adelante yo no soy más que un mandatario del pueblo y con este caracter voy á hablar... no puede haber mas Constitución que la que acepte textualmente la mayoría de las asambleas primarias. Estos vanos fantasmas de dictadura con los que se quiere amedrentar al pueblo, es necesario que los disipemos. Declaremos que no hay más Constitución que la que él ha aceptado. Hasta aquí no se ha hecho más que agitarle, es necesario despertarle contra los tiranos. De ahora en adelante, que las leyes sean tan terribles contra quien las viole, como el pueblo lo ha sido destruyendo la tiranía; que castiguen á todos los culpables... Abjuremos, declaremos que toda propiedad territorial é industrial será eternamente defendida.»

Gran discurso, habil para la disposición en que se encontraba Danton y que respondía maravillosamente á la situación general y á los secretos pensamientos de Francia.

Francia estaba inquieta y la inquietud después de la matanza de Septiembre no era como podría creerse de que volvieran las matanzas. La violencia contra las personas no hubiera amenazado más que á un pequeño número. El temor general era menos por la seguridad personal que por la propiedad.

París temblaba. Los tenderos parisienses habían visto con pena la matanza de los aristócratas; pero los robos en pleno día cometidos en el mismo boulevard, les impresionaron más. El tendero de ultramarinos abría su tienda temblando.

Francia temía. En este movimiento inmenso de propiedades, autorizado y pedido por la ley, podían ocurrir mil accidentes que la ley no había previsto. La inviolabilidad del dominio feudal se había perdido y los antiguos muros se habían derrumbado.

Y no era solamente el propietario antiguo el que temía, sino que el nuevo temía también. El aldeano propietario de ayer, no habiendo pagado todavía su propiedad, era ya un ardiente conservador. Se le veía mañana y tarde hacer la guardia á su campo armado con un fusil.

No valían, pues, engaños; una palabra de Danton contra la propiedad, una broma imprudente, podía hacer surgir en un momento millones de enemigos de la Revolución.

Todos querían la propiedad y la querían sagrada aun los mismos que no eran aún propietarios. Estos contaban con serlo mañana.

Tal era el pensamiento de la Revolución: que todos fueran propietarios pagando poco, pagando de su trabajo y de sus ahorros. La propiedad que adquirimos gratis se va como ha venido. Por eso la Revolución no daba nada, sino que vendía. Ella exigía al hombre que probara por su esfuerzo y por su actividad, que era digno de ser propietario. Adquirida así la propiedad, es sagrada y dura tanto como la voluntad y el trabajo de donde procede.

La Constituyente y la Legislativa, habían empezado la libertad. Pero la libertad no estaba asegurada más que al abrigo de la propiedad. Así debía haber sido la obra de la Convención, fundar la propiedad para todos, fundar el hogar del pobre, su hogar permanente, el nido para la familia.

Las dos proposiciones de Danton tenían una gran importancia. Marcaban el camino que debía seguir la Revolución. Era la misma Revolución marcando sus límites y sus principios: su principio: el derecho del hombre á gobernarse libremente á sí mismo, su límite: el derecho del hombre á poseer los frutos de su libre actividad.

Entre la libertad y la propiedad no puede haber contradicción, no siendo la propiedad más que la consagración de los frutos de la actividad libre. Y sin embargo, la aparente oposición de estas ideas constituía el peligro de Francia. Tan ciegos todos como sinceros, iban á luchar estando de acuerdo. Danton, el primer día, propuso manifestar este acuerdo consagrando á la vez los dos principios en una fórmula que contenía la paz.

Esta fórmula de paz ofrecida á los partidos encarnizados, tenía una fuerza especial por los labios que la pronunciaban. Era precisamente el hombre á quien se miraba como un ciclón y como el genio de las tempestades el que venía, en el momento en que el navío peligraba, á echar las dos anclas que habían de salvar á Francia.

Los partidos se caracterizaron al instante. Dos reclamaciones se elevaron en sentido inverso.

En el lado izquierdo, el dictador financiero de la Revolución, Cam-

bon, dijo, que él hubiera preferido que Danton se atuviera á su primera proposición, que establecía solamente el derecho del pueblo á votar su constitución.

Cambon, que no era enemigo sistemático de la propiedad, quería sin duda en medio del peligro público, que el pueblo tuviera siempre el derecho de reglamentarla para el bien común. ¿Qué importaba en efecto que subsistiera la propiedad, si perecía la persona? Se recordaba á este propósito la frase tan exacta de Danton: «Cuando la patria está en peligro todo pertenece á la patria.»

En el lado derecho, en el grupo que se llama la Gironda, surgió el principio contrario. El girondino Lasource sostuvo que Danton, pidiendo que se consagrara la propiedad, la comprometía. El tocarla aún para robustecerla, es quebrantarla. La propiedad, dijo, es anterior á toda ley.

La Convención decretó las dos proposiciones de Danton, pero en la forma siguiente, sin explicarse en la segunda acerca del derecho de propiedad: 1.º No puede haber constitución si no es aceptada por el pueblo. 2.º La seguridad de las personas y de las propiedades está bajo la salvaguardia de la nación: «No es esto todo, dijo Manuel; vosotros habéis consagrado la soberanía del verdadero soberano el pueblo; es necesario ahora desembarazarle de su rival el falso soberano, el rey.»

Objetando un diputado que el pueblo solo debía juzgar en esta cuestión, Gregoire en un arranque de su corazón, dijo: «Ciertamente, nadie propodrá en Francia que se conserve la raza funesta de los reyes. Sabemos demasiado que todas las dinastías no han sido más que razas devoradoras que vivían de carne humana, pero es necesario tranquilizar del todo á los amigos de la libertad. Es necesario destruir ese talismán cuya fuerza mágica todavía puede influir en muchos hombres. Yo pido pues que por una ley solemne consagréis la abolición de la monarquía.»

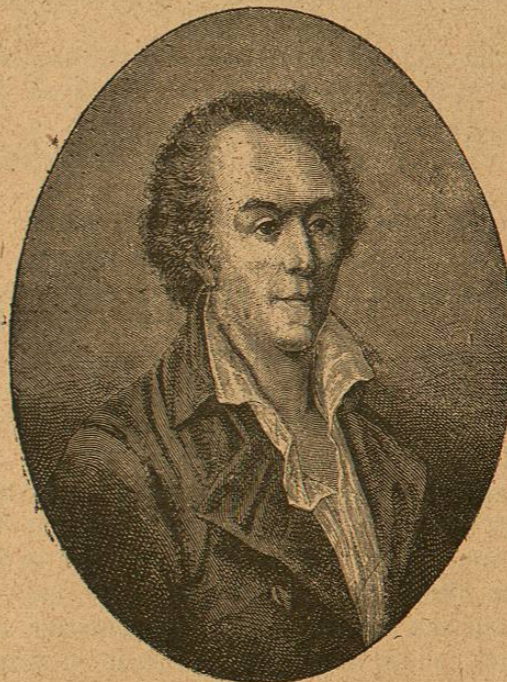
Bacire, perteneciente á la Montaña, quería que se huyera de toda precipitación y que se esperara el voto del pueblo. El proporcionó á Gregoire una ocasión para manifestar del todo su propio pensamiento. La grandeza del entusiasmo le arrancó del corazón lo que su espíritu no hubiera encontrado jamás, la fórmula original que terminaba la cuestión: «El rey es en el orden moral lo que en el orden físico es el monstruo.»

Verdaderamente que el ser que se sienta en un trono en lugar de un pueblo, que cree contener en sí un pueblo, que se cree un infinito, que se imagina concentrar en sí la razón de todos ¿cómo se le puede calificar? es acaso un loco, un monstruo, un Dios seguramente: no es un hombre.

La monarquía fué abolida. Los primeros que entraron en la Convención y supieron la feliz noticia fueron unos jóvenes voluntarios que partían al día siguiente. Arrebatados por el delirio del entusiasmo

dieron gracias á la Convención y fuera de sí corrieron á difundir la noticia por todas partes. Tal era la convicción de que el único obstáculo era el rey, el peligro de la situación, que una muchedumbre de hombres, que eran monárquicos, tomaron parte en la alegría común.

El crédito se elevó y la banca significó por el alza de los fondos que la situación se consolidaba al hacer una franca declaración que era un hecho y un principio. Francia, en efecto, después de un año, se gobernaba á sí misma.



DE KERSAINT

La abolición expresa de la monarquía, tenía la ventaja, además, de que no solamente destronaba al rey presente sino al futuro.

¿Era el duque de Orleans este rey? Los intrigantes como Dumouriez no se dieron por vencidos. A falta del padre mostraron al hijo en Valmy y Jemmapes sin perdonar medio de ponerlo á la vista y hacerlo valer.

En la segunda sesión, donde se decidió que todos los cuerpos administrativos, municipales y judiciales fueran renovados, tuvo lugar una discusión luminosa entre la Gironda y Danton, sobre si el juez había de ser elegido precisamente entre los legistas. Los Girondinos, todos abogados, se mostraron aquí tal cual eran é hicieron ver que no estaba en ellos el espíritu de la Revolución.

Si la Revolución significa algo, es indudable que el instinto público tiene sus derechos enfrente de los de la ciencia.

Al legista y al cura, la Revolución ha opuesto el hombre y le ha colocado al mismo nivel.

La Revolución proclamó la mayor edad del hombre, sujeto al cura y al legista, como una criatura impotente y obscurecida por el pecado original.

Danton, con su talento sin igual, puso la cuestión en su verdadero terreno.

«Los legistas son como los curas y, como ellos, engañan al pueblo.»

Fué apoyado por uno de sus mismos adversarios que confesó: «Que era de desear que en todos los tribunales hubiera un hombre ajeno á las leyes, que impusiera allí las del buen sentido.»

Thuriot hubiera querido que en los tribunales, solo el presidente fuera legista.

El diputado Osselin pronunció esta frase notable: «Se quiera descartar también el establecimiento de jueces de paz. La experiencia ha demostrado cuan necesarios son. Debemos dar el último golpe á la curia.»

Danton había levantado mucho la cuestión y la mantuvo alta, declarando que él no combatía á los jurisconsultos, sino á la nube de escribanos y procuradores y que era necesario, á falta de jueces patriotas, dar al pueblo el derecho de elegirse otros.

Después de esta declaración todos debían entenderse y terminar el debate; pero los Girondinos se obstinaron; Vergniaud habló todavía y logró que el proyecto admitido en principio fuera antes de su ejecución examinado por una comisión.

La lucha comenzada así en el terreno especulativo, estalló al mismo tiempo en la gran cuestión política y, desde el primer momento, fué más bien un duelo que un debate.

Brissot dió la señal de empezar cuando dijo en su diario que en la Convención había *un partido desorganizador*.

El aludido recriminó á los Jacobinos. Chabot aseguró que los Girondinos querían reducir á Francia al estado de una federación, ó sea que deseaban un desmembramiento.

Esta acusación tenía poca importancia en boca de Chabot, pero la tuvo muy grande cuando la repitió Robespierre en el seno de la Convención.

La torpeza de los Girondinos fué muy grande.

Su respuesta á estos ataques de los diputados por París, se revolieron contra el mismo París que no tenía la culpa.

El 22 de Septiembre, Kersains, Buzot, Vergniaud, aprovechando la ocasión de nuevas escenas de sangre que habían tenido lugar en Chalons, obtuvieron de la Convención una ley especial contra los que

excitaran al asesinato y una guardia especial compuesta de provincianos que defendiera á los convencionales.

Ya Roland había expuesto la necesidad de rodear de soldados la Convención.

Nada más impolítico que hacer esta desconfianza de París. Porque ¿qué es París sino una población compuesta de provincianos? y ¿era culpable esta población de los hechos de Septiembre? De ninguna manera. Si la Commune había hecho ó tolerado la matanza, si la guardia nacional no había podido hacer nada ¿á quién acusar? A la Asamblea por haber creado la Commune y la guardia nacional como garantía del orden.

Ya que la legislativa no lo había hecho, debía hacerlo la Convención. «Aquí es donde debía haberse promovido el debate sobre esta cuestión y no sobre la guardia departamental. Hacer sospechoso á París, corazón y cabeza de Francia, era injusto é insensato. Convenía, por el contrario, hacer un llamamiento á los buenos sentimientos de la capital, mostrar confianza en ella, y si la Comuna era tiránica, reemplazarla bajo la autoridad de la Convención.

Esta no corría ningún peligro en aquella época. Se fundaban en ella grandes esperanzas. Se apelaba á ella en todos los apuros, se fiaba en ella y en ella se creía. ¿Qué había de temer cuando el gran tribuno, el futuro dictador, Danton, la había, desde la primera sesión, entregado su autoridad abjurando de toda exageración? Y, para mayor seguridad, el 25 pidió la muerte de todo el que quisiera hacer un dictador.

Esta sesión fué una batalla en toda regla. La Gironda, con mucha violencia, pero poca habilidad, atacó á tres hombres muy diferentes afectando confundirlos, Danton, Robespierre y Marat. Se les atacaba como un triunvirato posible, tal como Marat lo había pedido en Septiembre. La Gironda fracasó en este ataque, sobre todo por haber mezclado á París en la cuestión. Se creyó ver en estos ataques no más que el deseo de hacer ver la necesidad de una guardia departamental que protegiera la Convención de los ataques de París.

Danton respondió en un discurso levantado y hábil al mismo tiempo.

Empezó por desautorizar á Marat, recordando la carta amenazadora que le había escrito. Puso las cosas en el terreno del buen sentido y dijo que el famoso amigo del pueblo era comparable á un realista por sus exageraciones, ridículo por sus violencias, añadiendo que la bodega le había turbado el espíritu.

El discurso fué más bien una profesión de fe y una exposición de principios. Se le podía condensar en estas frases.—¡Muera la unidad perjudicial, la dictadura! ¡Muera la libertad perniciosa, el espíritu regional, el espíritu de división! En este último punto increpó á los girondinos, diciendo que de acusadores podían convertirse en acusados.—«Es un gran día para la nación, un gran día para la República esté que